

## Reseñas

*Anuario de Estudios Urbanos*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1994, núm. 1.

El estudio sistemático de los temas urbanos se está revitalizando en los últimos años dentro de los medios académicos mexicanos. A diferencia de la primera ola expansiva que tuvieron durante la década de los setenta, caracterizada, entre otras cosas, por la especialización y por los enfoques ceñidos a disciplinas específicas, las investigaciones recientes han abierto el espectro temático y permitido un diálogo entre los distintos campos del conocimiento.

La antropología y la historia, antes enfrentadas en el debate sobre la preeminencia de la estructura o del proceso, de la sincronía o de la diacronía, encontraron uno de sus espacios de confluencia en el análisis del fenómeno urbano. De la misma manera que la dimensión temporal de los fenómenos sociales no escapa a las consideraciones antropológicas, el concepto de cultura en sentido amplio no es ajeno ahora al campo problemático de los historiadores. La sociología también

se ha incorporado a este diálogo entre los distintos saberes. A la vez que creció su preocupación por la cultura y su papel en la conformación de los actores sociales, también historizó esta noción, sacándola del planetario en que la habían colocado tanto el funcionalismo como el estructuralismo. Los historiadores de lo urbano, por su parte, han sociologizado sus temas y enfoques.

Disciplinas como la demografía y la ciencia política también tienen un lugar dentro de este nuevo contexto.

El título de la nueva revista sintetiza esta óptica interdisciplinaria al no enfatizar la perspectiva analítica, o el marco geográfico, sino el objeto del conocimiento: el estudio de lo urbano. Esta primera elección, el cómo definir a través de un enunciado lo que se pretende hacer, no es un asunto menor; supone un modo de abordar el conjunto de elementos que conforman lo urbano; reconoce de entrada que la mirada de cualquier disciplina particular no lo agota; implica también un compromiso hacia los lectores que tratarán de encontrar en sus páginas una amplia gama de

temas, métodos y puntos de vista; genera para el grupo que la anima la necesidad de trascender su propio horizonte disciplinario en la búsqueda de colaboradores y árbitros. Por último, dado que no se reduce el conocimiento del fenómeno urbano mexicano, obliga al esfuerzo comparativo.

El soporte humano básico del *Anuario* lo constituye el comité de redacción. Optar por una dirección colectiva fue otra elección importante, porque precisa de una manera de distribuir las tareas cotidianas y de compartir responsabilidades y méritos. También refrenda su carácter interdisciplinario al incorporar dentro de este comité a sociólogos, historiadores, planificadores y arquitectos.

Tanto la participación de estos últimos, como el hecho mismo de que una revista de estudios urbanos tenga como marco institucional la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM-A, suma al diseño de manera explícita al diálogo entre disciplinas. Sin duda, éste es uno de los elementos novedosos del *Anuario*.

El primer número de la revista se encuentra dividido en seis secciones (historia, patrimonio, teoría, desarrollo, Estado y políticas urbanas, y reseñas), que no sabemos si serán permanentes, o se ajustarán según la disposición de materiales. Abre la entrega un artículo sobre los barrios y colonias de la ciudad de México al promediar el siglo XIX, redactado por Lucio Maldonado. El texto muestra el origen indígena de gran parte de los barrios de la ciudad de México, término que, por lo demás, hasta ya entrado el siglo XIX sirvió para definir lo que

estaba al margen de la ciudad, distinguiendo lo propiamente urbano de lo periférico, entre la república española y el ámbito indígena. Las colonias, en cambio, son un producto decimonónico y, como sabemos gracias a la investigación meticulosa de María Dolores Morales, su creación y expansión está ligada al lucrativo negocio de la especulación inmobiliaria, a la secular simbiosis entre el poder y el dinero. Cotejando las fuentes documentales con los trabajos monográficos, Lucio Maldonado elaboró un interesante cuadro comparativo de los barrios y colonias de la ciudad capital a mitad del siglo XIX, los cuales, de acuerdo con su recuento, sumaban más de cien.

Si en el primer artículo el espacio es visto a través del tiempo, en el texto de Carlos Lira sobre Tlacotalpan la reflexión sobre el espacio y sus formas va de la mano del análisis de la cultura, la historia y las tradiciones. La arquitectura se humaniza al entrar en contacto con la producción y reproducción de la vida cotidiana. Las formas de las casas del poblado veracruzano constituyen una unidad sólo rota, o más bien matizada, por la presencia del color. El color muestra aún la antigua presencia de pobladores de raza negra. El culto religioso y sus espacios se funden con la fiesta profana. Al paso de los años, la fiesta se convierte en expresión regional de la mexicanidad, despierta la admiración de los turistas y conforma un campo de estudio de antropólogos e historiadores de la tradición.

Las corrientes teóricas del análisis urbano son el objeto de estudio de

Sergio Tamayo: la ecología urbana, por un lado, y, del otro, tres enfoques emparentados de una u otra manera con la tradición marxista: el marxismo estructuralista, el neomarxismo y la economía política de la urbanización. El texto muestra cómo la ecología urbana, paradigma dominante a lo largo de varias décadas, parte de un supuesto, según el cual, la naturaleza realiza las funciones vitales de competencia y ajuste, a la vez que posee un equilibrio inmanente promovido por los organismos vivientes devotos del orden y la integración. La organización social (materializada en la ciudad, su forma más compleja) es el soporte del equilibrio, el cual se logra mediante un cambio continuo propiciado por factores exógenos. El cambio no es ruptura sino crecimiento acumulado, y el desequilibrio necesariamente es patológico. En oposición a este enfoque, la tradición marxista rechazó esta explicación positivista del fenómeno urbano, que fundió las ciencias sociales con las naturales, puso en entredicho sus métodos de demostración (sustentados en evaluaciones numéricas, consideradas per se como neutras, al margen de las preguntas formuladas por la propia teoría) y colocó al conflicto social y a la acción humana en el centro de la escena.

Como bien muestra Sergio Tamayo, conforme el análisis urbano se alejó de las influencias estructuralistas, incorporó la dimensión histórica dentro de sus consideraciones explicativas. Aquí me habría gustado, aunque tal vez desbordara los propósitos del texto, que se expusiera de manera más puntual la influencia de la histo-

riografía en este cambio de perspectiva: la defensa de la historia hecha por Pierre Vilar y E. P. Thompson en su polémica con la sociología y con el estructuralismo althusseriano, que veían al demonio del historicismo en cualquier formulación. Los estudios de historia social y urbana realizados por Robert J. Bezucha, Gareth Stedman Jones, Joan Wallach Scott, William H. Sewell, Richard M. Morse, James R. Scobie y Alejandra Moreno Toscano sobre Lyon, Londres, Caremoux, Marsella, São Paulo, Buenos Aires y la ciudad de México, respectivamente, también tuvieron un papel en la reformulación de los enfoques sobre la ciudad.

Para concluir, sólo quisiera rescatar el espíritu dadaísta que flota en la presentación del *Anuario*: hijo de la crítica, rebelde ante la tradición, pero a la vez respetuoso del individuo, plural, tolerante y generoso.

Carlos Illades  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
METROPOLITANA-I

Francisco Sánchez Pérez, *La liturgia del espacio. Casarabonela: un pueblo aljamiado*, Pról. María Cátedra, Editorial Nerea, España, 1990, 201 pp. + ils.

Desde un análisis etnológico, que se acerca a la historia urbana ya que gira alrededor de la arquitectura habitacional, Francisco Sánchez, profesor de antropología social en la Universidad Complutense, presenta una explicación original del espacio como un lenguaje al que hay que leer, a fin de